

ducción más directa sería “La ciencia de la cruz”, él prefiriere traducirla como “sabiduría”, por ser ésta un conocimiento que cuadra mejor a la metafísica y la mística. En esta obra se conjuntan la metafísica y la mística, en forma de diversos estudios sobre la experiencia y el pensamiento de San Juan de la Cruz. Edith Stein nos muestra cómo es posible pasar de la fenomenología a la metafísica y de ésta a la mística, llegando así al saber más elevado.

El párrafo final de Gómez Robledo describe exactamente la actitud de nuestra pensadora: “Hay algo... que todo filósofo podrá compartir en la psicología de Edith Stein, si no en su ideario, a saber, el espíritu filosófico, el que ella misma, y en su época agnóstica, describía como sigue: ‘Mi nostalgia por la verdad era mi única oración’. Con esto basta para que todo auténtico filósofo pueda aplicarse la conocida sentencia agustiniana: *Verus philosophus est amator Dei*” (p. 74). Esta tensión continua hacia la verdad, por encima de las diferentes escuelas y modos de pensamiento, es lo que marca el constitutivo formal de la filosofía. En el caso de Edith Stein, como sabemos, la condujo además a la teología y a la experiencia mística.

En suma, el libro que nos ha entregado el Dr. Antonio Gómez Robledo toca uno de los aspectos más fundamentales del filosofar mismo, a saber, las conexiones entre la fe y la razón, ejemplificadas en la vida filosófica y religiosa de Edith Stein. Una obra excelente sobre esta gran pensadora contemporánea.

MAURICIO BEUCHOT

Juliana González, *Ética y libertad*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, 345 pp.

ENTRE LA ESPERANZA Y LA HONESTIDAD

En términos generales puede decirse que, a partir de Kant, la ética contemporánea está en una situación aporética: si seguimos al filósofo alemán en la necesidad de un supuesto trascendental que garantice la universalidad y, por tanto, la comunicación de nuestros criterios valorativos, dejamos de lado las pasiones y las múltiples variantes que nos ofrece la experiencia, y si atendemos a la experiencia, nos vemos obligados a asumir irracionalismos y relativismos tan flexibles que finalmente borran toda diferencia entre bien y mal. Dicho en otros términos, si queremos concebir la unidad y la razón, perdemos la pasión y la innegable pluralidad de morales, y si atendemos a ésta, perdemos la posibilidad de tener un criterio común y racional.

Estas alternativas parecen irreconciliables, y cada una de ellas deja en verdad “coja” a la ética. Se hace hoy necesario, entonces, pensar la unidad y la diversidad por caminos distintos. Pero para ello se requiere un pensamiento libre e innovador, un pensamiento capaz de inconformarse con las soluciones dadas hasta ahora.

A nuestro modo de ver, ésta es la situación a la que responde el libro *Ética y libertad* de Juliana González. En efecto, en él hay una necesidad de abrir nuevas vías para el pensamiento ético-filosófico actual, atendiendo a la *condición humana* (permanente tensión entre libertad y necesidad, cultura y naturaleza, individuo y comunidad, etc.)¹ y no a supuestos trascendentales —ni mucho menos trascendentes—, y ofreciendo una comprensión dialéctica de la relatividad como alternativa frente al relativismo.

La preocupación ética de Juliana González se inscribe, pues, en la inmanencia y la actualidad. Le interesa pensar la ética desde el hombre y para el hombre, desde el carácter esencial que —como ella reconoce— tienen el tiempo, la libertad, la acción, la pluralidad, la cualidad, la materia, el cuerpo, la irracionalidad y negatividad inherentes a lo humano. Su perspectiva general la constituyen la ontología y la dialéctica, enfocadas ambas tanto a lo real mismo como a un diálogo con el pasado —desde las inquietudes del presente. Y es que para la autora de *Ética y libertad* la ontología no está condenada a concebir el ser como algo oculto, inmutable, inmóvil, más allá del tiempo y el espacio, sino que precisamente en virtud de la dialéctica, en particular la heracliteana y la platónica desarrollada en *El sofista*,² el ser puede identificarse plenamente con el devenir, y el devenir con el ser, de la misma manera en que la armonía se da en y por el *pólemos* y el *pólemos* se da en y por la armonía.

En consecuencia, Juliana González nos ofrece, a través del diálogo acorde y discordante con algunos filósofos como Heráclito, Sócrates, Marx, Nietzsche, Sartre y con dos literatos: Dostoiévski y Kafka, una síntesis tensional o una tensión sintética entre unidad y diversidad, razón y pasión, libertad y determinación, *et-hos* y *eros*, individuo-comunidad, acción-omisión, interioridad-exterioridad, bien y mal, por un lado, y más allá del bien y del mal, por el otro: juicio y perdón, teoría y praxis, razón y esperanza.

Desde luego, todas estas relaciones son en verdad significativas para nuestra época, pero quizá quepa resaltar la última, pues ella atañe —como bien dirían Marcuse y Ernst Bloch— a la dignidad del actuar humano: la esperanza. Es decir, a nuestro modo de ver, resulta particularmente importante que hoy en día

se escriba un libro de ética animado no por el solo afán de describir la conducta humana, sino, además, por la búsqueda de lo posible. Sobre todo, nos parece importante el modo específico en que J. González concibe la esperanza: no como pura ilusión, sino íntimamente unida a la razón. Para ella, no es posible asentar la ética en una práctica carente de los fundamentos teóricos y las exigencias metodológicas e histórico-críticas de la filosofía. De acuerdo con esto, le parece indispensable incorporar la duda y el quebranto ocasionados por la razón del desengaño, por el pensamiento desmistificador que nos ha mostrado las dificultades y mentiras que se esconden en el paso del ser al deber ser. Así, Juliana González realiza un detallado y francamente delicioso análisis de la obra de Dostoiévski, en especial *Crimen y castigo*, moviéndose entre la intención de restablecer el sentido y una radical veracidad.

Por otra parte, al exponer lúcida y sensiblemente la crítica kafiiana a la burocracia, la autora atiende a otro aspecto de la duda: ya no es sólo la razón del desengaño; ahora es el mundo desolado, con leyes vacías y una justicia absurda. Y es que

La esperanza verdadera sólo puede venir de una asunción cabal de ese mundo desolado y sin sentido que él [Kafka], como pocos, logró desenmascarar... a estos tiempos de desgarramiento profundo en los que, como dice Paul Ricoeur, se trata... "de hacer morir a los ídolos para que comiencen a vivir los símbolos".³

Además, hay que señalar que a lo largo de la obra, J. González encara ciertos hechos concretos que parecen poner en cuestión la vida ética, como son: la ingeniería genética, la escasez universal, las relaciones de poder hegemónico. Y nos dice

que todo ello no constituye sino un aspecto más del determinismo frente al que se alza toda actitud ética. Pues el hombre ético es el que se sobrepone al hambre, el que no justifica sus limitaciones con las “aplastantes estructuras de poder”, sino el que centra su vida en el autodomínio, el que puede poner la ingeniería genética a su servicio y no se somete a ella.

En este sentido puede decirse que *Ética y libertad* se mueve, en efecto, entre la esperanza y la honestidad. Al mismo tiempo que da razón de la libertad —lo posible, la iniciativa y autotransformación del hombre—, reconoce las objeciones que tanto la teoría como el mundo presentan a la ética.

Pero aunque todo esto es cierto, es posible iniciar, justo en este punto, un diálogo —que de antemano podemos dar por interminable— con la autora. Cabe preguntarnos cómo hemos de concebir el presente. ¿Cuál es en verdad el mundo que ha de enfrentar la ética de hoy?, ¿vivimos sólo un tiempo de desgarramiento?, ¿son los hechos que señala Juliana González los únicos que conforman el presente?

Bien puede ser que la actualidad nos ofrezca más de un rostro. Si bien es cierto que hay quienes —como Paul Ricoeur— intentan restablecer el sentido, también hay quienes (ya sea desde la complacencia, ya sea precisamente desde la honestidad) advierten un creciente imperio del sinsentido ocasionado por ciertos hechos que parecer irrebasables. Estos pensadores —de perspectivas tan distantes como pueden ser Paul Valéry, François Lyotard o Eduardo Nicol— señalan otros acontecimientos como la creciente presencia de una razón que no da razón de sí misma (la cibernética) pero que sin embargo organiza nuestras vidas, o bien señalan un hecho tan elemental como contundente: la falta de tiempo para pensar.

En un universo donde el éxito consiste en ganar tiempo —afirma de manera un tanto irónica Lyotard— pensar no tiene más que un solo defecto, pero incorregible: hace perder el tiempo.⁴

En síntesis, estos pensadores parecen aludir a una vida organizada desde la ausencia de desdoblamiento. ¿Cómo ha de enfrentar esto la ética? ¿Podemos desconocer tales hechos? ¿No tendremos que ampliar el ámbito de nuestra honestidad para que nuestra esperanza —que es lo que importa— no caiga en el peligro de convertirse en una mera ilusión carente de compromisos con lo real? ¿Cómo pensar, en fin, la ausencia de desgarramiento evidenciada por algunas teorías contemporáneas?

LIZBETH SAGOLS

NOTAS

1. Véase p. 27.
2. Aunque también está presente, desde luego, la dialéctica hegeliana.
3. Véase p. 294.
4. Lyotard, *La posmodernidad*, Enrique Lynch (trad.), México, Gedisa, 1989.

Nancy Frazer, *Unruly Practices: Power, Discourse and Gender in Contemporary Social Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989.

Los “*radical academics*” norteamericanos (con cuya apología Nancy Frazer introduce esta colección de artículos) parecen haber heredado, ahora en la forma de la tensión entre “academia” y “movimientos contestatarios” la problemática relación entre “teoría” y “práctica”, entre “crítica” y “política” que desvelara al marxismo